

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilético Luterano

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
La estructura y función de la Iglesia Cristiana	1
La cuestión relacionada con el rechazo Luterano de la consubstanciación	17
El pastor como administrador	22
Abuso de textos bíblicos	27
Bosquejos para Sermones	29
Bibliografía	47

Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 18

Segundo Trimestre - 1958

Año 5

**LA ESTRUCTURA Y FUNCION DE LA
IGLESIA CRISTIANA**

por H. Ricardo Klann, B. D., Ph. D.

(Continuación)

B. La doctrina bíblica de la estructura de la Iglesia.

Al analizar brevemente los textos bíblicos que hablan de la Iglesia, encontramos que el Espíritu Santo emplea varias metáforas, destinadas a comunicarnos un entendimiento de la estructura de la Iglesia cristiana.

Unos cuantos textos del Antiguo Testamento llaman Rey a Dios o el Mesías (Sal. 5:2: “Rey mío, y Dios mío”; Sal. 10:16: “Jehová es Rey perpetuo”; Sal. 74:12: “Dios empero es mi Rey desde la antigüedad”; Isa. 32:1: “He aquí que para hacer justicia reinará un Rey”; Isa. 33:17: “Tus ojos contemplarán al Rey en su hermosura”; Jer. 10:10: “Pero Jehová es el verdadero Dios, él es el Dios vivo, y el Rey eterno.”) Este Rey tiene un reino glorioso y eterno (Sal. 22:28; 103:19; 145:12; Dan. 4:3). El contexto de estas referencias bíblicas da a entender al lector que los santos escritores no querían hablar solamente de lo que se llama “reino de Poder” según nuestro catecismo luterano; sino que más bien hablan del “Reino de Gracia”.¹

El profeta, en Dan. 2:44, habla claramente de la Iglesia cristiana que iba a venir como un reino: “Empero en los días de aquellos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que nunca jamás será destruído, y el reino no será dejado a otro

1. Ver: Lexical Notes on the “Kingdom” by R. T. Du Brau C. T. M. XIX, p. 777.

pueblo, sino que desmenuzará y acabará con todos aquellos reinos, en tanto que él mismo permanecerá para todos los siglos". El Nuevo Testamento muchas veces habla sencillamente del "Reino" (Mat. 9:35; 24:14) o del "Reino de Cristo" (Efe. 5:5; Col. 1:13; Juan 18:36), o, con más frecuencia, repite la frase favorita de nuestro Señor Jesucristo, diciendo: "El Reino de Dios" y "El Reino de los cielos". Por todo esto no podemos pasar por alto la indicación tan clara de que la Iglesia es un reino, y como tal, en cierto sentido es semejante a los reinos de este mundo. Para ilustrar esto, podemos hacer referencia a Mat. 22, la parábola de las bodas del hijo del Rey: El Señor dice: "El reino de los cielos es semejante a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo." Si no existiesen verdaderamente puntos de relación, entonces la voz "reino" difícilmente podría haber servido a Cristo como metáfora apta para comunicar su idea en cuanto a la estructura de la Iglesia. Tampoco repudió Cristo la designación de rey que usó Pilato, mas aceptó la designación y trató de explicarle en el sentido de que su reino no era de este mundo, a fin de que Pilato no confundiese el reino mesiánico con una monarquía secular.

Aunque no podemos pensar en el reino de Cristo en términos de una sociedad externa, ligada a alguna institución histórica u organización política, como advierte también la Apología (Art. VII), sin embargo, por otra parte estaríamos equivocados si nos imaginásemos su reino como careciendo completamente de la estructura de ley y orden. Nos acordamos de que Jesús, en el Sermón de la Montaña, comparó su Iglesia con una ciudad situada sobre una montaña (Mat. 5:14) y afirmó que la Ley y los Profetas, en sentido espiritual, estaban en vigencia dentro de su reino. Es claro que el reino de Cristo en la tierra no carece de ley, pero esto es muy distinto de afirmar que la ley o es la esencia o es la estructura de su reino.

En Mateo 6 (19.20.33) leemos: "No os alleguéis tesoros sobre la tierra... sino antes, allegaos tesoros en el cielo... Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia." La comparación que Cristo hace entre el reino y "un tesoro" cuadra con la parábola del tesoro escondido en un campo, el cual un hombre compró después de vender todo lo que tenía, y la comparación está iluminada con la referencia a "la perla de gran

precio". El apóstolo Pablo usa el mismo pensamiento en Romanos 14:16-18: "No dejéis pues que se hable mal de vuestro bien; porque el reino de Dios no es el comer y el beber, sino la justicia, y la paz, y el gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en estas cosas sirve a Cristo, es acepto a Dios, y aprobado de los hombres." Superficialmente podría parecer que el reino de Dios es un tesoro que consiste en la justicia y en las buenas obras de los cristianos, pero un examen más detenido del lenguaje y del contexto nos dará la convicción de que se considera a esa justicia y obras como el tesoro del reino y no como el reino mismo. Por lo tanto, el reino no consiste en la piedad y la vida santa de los cristianos, mas consiste en los cristianos mismos. De otra manera, Cristo no habría podido decir: "Porque en donde estuviera vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mat. 6:21).

Ayudará a nuestro estudio el hacer referencia a las parábolas de Mat. 13, donde Cristo, con respecto al reino, revela "cosas escondidas desde la fundación del mundo" (Mat. 13:35). Según estos misterios del reino de los cielos (v. 11), Cristo dice a sus discípulos que hay "la palabra del reino" (v. 19). Esta no es la Ley, sino el Evangelio. En verdad hay varias ocasiones en que Cristo usa la misma expresión "Evangelio del reino" (Mat. 4:23; 9:35; 24:14).

Estas referencias sin duda bastan para presentarnos el verdadero contenido y alcance de la expresión "el reino de Dios". Es nada menos que el contenido total del Evangelio que fué encargado a los cristianos para que los "prediquen a toda criatura" (Mat. 16:15). Sin embargo, las referencias a un rey, a tesoros, a la Ley y el Evangelio del reino, no significan que éstos son partes de la estructura del reino que hemos de considerar. Por el contrario, cuando buscamos el punto de comparación fundamental con que Cristo equiparó la estructura de la Iglesia con el reino, no encontramos ninguna de esas cosas que acabamos de mencionar (tesoros, Ley, etc.). Al fin y al cabo, un reino no consiste en instituciones, en leyes, en tesoros, mas consiste en personas que rinden una lealtad común y que viven para un destino común. Por lo tanto, la estructura del reino consiste en "los hijos del reino" ("El campo es el mundo; la buena simiente son los hijos del reino, mas la cizaña son los hijos del Malogno", Mat. 13:38).

La Iglesia cristiana en verdad es un reino porque consiste de "una nación santa" (1 Ped. 2:9), en la cual todos los miembros, es decir: hombres, mujeres, niños, judíos, griegos, esclavos, libres, "todos son uno en Jesucristo" (Gál. 3:28), como también Jesús oró en su oración sacerdotal (Juan 17:21). Por lo tanto, repetimos que todos los creyentes en Jesucristo constituyen la estructura de la Iglesia cristiana.

Esto queda ilustrado aún más en el texto ya citado de Daniel 2:44. Los seres humanos no van a erigir la estructura de la Iglesia, como lo hacen en el caso de un reino secular cualquiera, mas es el "Rey de los Cielos" quien erige la Iglesia. Esta característica celestial de la Iglesia, señalada por el Señor cuando la llama "el Reino de los Cielos", elimina terminantemente cualquiera sugestión de que la Iglesia debe su existencia o su estructura a "las actividades humanas de crear instituciones", como algunos sociólogos religiosos han sostenido.

El contraste entre las esperanzas de los fariseos contemporáneos de Cristo y aun de los propios discípulos el día de la Ascensión (Hechos 1:6: "Señor, ¿destituirás en este tiempo el reino a Israel?") por una parte, y lo que Cristo quiso decir con las palabras "el Reino de los Cielos", por otra parte, es tan claro que llega a ser cosa difícil comprender la terquedad demostrada por los que quieren sostener y defender la idea de un reino tan groseramente material y físico. La "opinión judaica" concerniente a la estructura de la Iglesia, que convierte ésta en un reino visible y material, ha sido sostenida históricamente por los que identifican la institución visible, por ejemplo: la Iglesia de Roma, con el reino de Cristo, o por los que esperan la realización física de las promesas concernientes al reino, esperanza de los milenarios del tiempo actual.

Llegamos a la misma conclusión con respecto a la estructura de la Iglesia cristiana cuando estudiamos esta doctrina desde el punto de vista cristiano de la historia. En contraste con la creación divina mencionada en Génesis hallamos la Iglesia, o sea, la nueva creación de Dios, porque los que verdaderamente creen, son criaturas nuevas en Cristo (2 Cor. 5:16; Efe. 2:10). Por supuesto, era plan original de Dios el revelar su amor sobreabundante en la creación del mundo y de la humanidad. Dios quiso moverse en ellos y andar entre

ellos y establecerlos eternamente en esta asociación íntima consigo mismo. Originalmente, el reino del mundo y el reino de Dios eran un solo reino. Originalmente Dios no propuso establecer una Iglesia, un reino completamente distinto de los reinos del mundo, porque no era parte de su plan que el mundo cayese en pecado, pero después que Satanás había puesto en mal lugar este plan de Dios para la humanidad, después que el diablo había destituido fraudulentamente a Adán y a Eva de su herencia legítima, Dios no dejó al diablo en paz con la posesión de su botín. Inmediatamente se reveló el primer Evangelio al hombre caído. Cristo, la simiente de la mujer, vendría y por medio de su vida y muerte salvaría de la muerte y del diablo a todos los hombres. Por medio de esta prédica del Evangelio Dios obró la fe en Adán y en Eva de tal manera que creyeron en el Salvador venidero: Gén. 4:1: "Y ella dijo: He adquirido hombre, a Jehová." Según la operación de su poder en el primer Evangelio, Dios hizo existir una nueva creación espiritual en un mundo caído.

Esta Iglesia no incluía a todos los hombres, porque el Espíritu se dirigía a los hombres por medio del Evangelio predicado, y por ende, podía ser resistido. Empezando con los Cainitas y los Setitas hay una división entre los que se llamaron "hijos de los hombres", y "los hijos de Dios". La misma expresión "hijos de Dios" hace contraste con la expresión "hijos de los hombres", y nos presenta una asociación espiritual de seres humanos que comprende a todos aquellos que están unidos por el vínculo común de su fe.

La multiplicación de la raza humana sobre la tierra aumentó e intensificó las consecuencias de la caída hasta el punto donde el hombre se hizo intolerable ante Dios. El diluvio borró de la faz de la tierra a esta humanidad, menos los ocho en el arca de Noé; pero esta catástrofe no cambió la naturaleza del hombre. Pasadas varias generaciones más, habiéndose olvidado el hombre del terrible juicio de Dios cuando envió el diluvio, la raza humana entera estaba en peligro inminente de convertirse irreparablemente en gente idólatra, y entonces Dios entregó a las naciones a un ánimo réprobo, como dice San Pablo: "Y como no quisieron tener a Dios en su conocimiento, los entregó a las naciones a un ánimo réprobo" (Rom. 1:28). De esta multitud de hombres en camino a la perdición,

Dios eligió para sí un Residuo en Abraham y en la simiente de la promesa. Sobre éstos envió al Espíritu Santo y la fe en las promesas. Esta nueva división de la humanidad se llama en las Escrituras, "el pueblo de Dios", por una parte y "los Gentiles", esto es, las tribus paganas, por otra, y entre estos gentiles vivía aquel pueblo de Dios.

Unos 400 años más tarde, los descendientes de Abraham, por medio de Isaac y Jacob, al salir de Egipto y entrar en la península del Sinaí, llegaron a ser pueblo capaz de equipar a 600,000 hombres armados. En esa oportunidad Dios hizo un pacto con ellos: "Vosotros habéis visto lo que hice a los Egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí mismo. Ahora pues, si escuchareis atentamente mi voz y guardareis mi pacto, me seréis un tesoro especial, tomado de entre todos los pueblos; pues que mía es toda la tierra; y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa." (Éxodo 19:4-6).

En contraste con las demás naciones de aquella época, Israel se constituyó en una teocracia de carácter enteramente peculiar. Era un reino, pero no tenía rey visible, pues Dios mismo era el Rey y el Legislador Supremo, que mantenía en vigencia la Ley y el Pacto por medio del sacerdocio. Ese era el pueblo "de quienes son la adopción, y la gloria, y los pactos, y la promulgación de la ley y el culto verdadero y las promesas", (Rom. 9:4).

Parece que se perdió, o por lo menos se tornó bastante confusa, en la existencia práctica de la teocracia israelita, la idea espiritual y social de la Iglesia, de tal manera que se suponía que todos los descendientes de Abraham debían ser automáticamente también hijos de la promesa y por ende, debían constituir la Iglesia del Antiguo Testamento. Esta noción falsa fué repudiada claramente por Cristo, quien, en su larga entrevista con los judíos (Juan 8:33-40), afirmó que la afiliación con el pacto dependía de que uno tuviese la fe y las obras de Abraham, y no dependía del mero parentesco natural. Hasta el día de Juan el Bautista y de nuestro Señor Jesucristo, el Israel verdadero era también una sociedad de creyentes llamados por el Espíritu Santo. "No son los hijos de la carne los que son hijos de Dios; mas los hijos de la promesa son contados por descendientes" (Rom. 9:8). Por lo tanto, solamente aquellos

descendientes de Abraham que en verdad creyeron las promesas y que fueron gobernados por el Espíritu Santo; constituyeron la Iglesia del Antiguo Testamento. Por ende, no hay diferencia en la estructura de la Iglesia, ora antes de Cristo ora después de Cristo.

Durante ese período de la historia universal, cuando Dios hizo y mantuvo su pacto con el pueblo escogido, Dios permitió que los gentiles siguiesen sus propios caminos. "Por lo mismo que, cuando conocieron a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se hicieron vanos en sus razonamientos, y entenebrecióse su fatuo corazón... Por lo cual, los entregó Dios, en las concupiscencias de sus corazones, a inmundicia... a causa de esto, los entregó Dios a pasiones viles... y como no quisieron tener a Dios en su conocimiento, los entregó Dios a un ánimo réprobo", (Rom. 1: 21, 24, 26, 28). Contrariamente a lo que hizo Israel, el Residuo escogido de la raza humana, los gentiles pusieron su atención en las cosas de este mundo y en las posibilidades que el mundo les ofrecía para elaborar su destino, a fin de que ellos, según sus propias nociones, determinasen la naturaleza y el destino de la vida humana.

Endurecidos en su apostasía, los gentiles trataron de establecer en el mundo una comunidad humana bien integrada. Este proceso empezó con la construcción de la torre de Babel y seguía con el establecimiento de los grandes imperios universales: Babilonia, Persia, Grecia, Roma. Las revelaciones de Daniel demuestran cómo seguía deteriorándose progresivamente el contenido moral de esos imperios, desde la calidad de oro del imperio Asiriobabilónico, a la calidad de plata del imperio Medopersa, a la calidad de bronce del imperio Maceiónico, hasta la calidad de hierro y barro del imperio Romano. Por supuesto, Israel fué tragado políticamente por esos gigantes voraces, siéndolo directamente, por lo menos en el último caso, por los romanos.

Durante esta última época se hizo muy manifiesto el fracaso completo del intento de lograr mejoras y justicia por medio de las filosofías humanas, y la justicia civil llegó universalmente al verdadero nadir de la experiencia humana, mientras hombres pensadores de la época empezaron a esperar algún cambio catastrófico en los asuntos humanos. La cuarta **églologa**

de Virgilio suspira por la posibilidad de que haya todavía otra oportunidad para el género humano, aunque esta esperanza poética está puesta cándidamente en un descendiente de César Augusto. Maduro estaba el mundo para un juicio catrastrófico, cosa que pensadores paganos de aquella época confesaban también. Esta esperanza se realizó, pero de una manera completamente ajena al pensar humano.

En su sueño, Nabucodonosor vió una piedra cortada pero no de mano de hombre, "la cual hirió la imagen en los pies, que eran de hierro y de barro, y los desmenuzó" (Dan. 2: 34). Esta "piedra" desmenuzó la última gran monarquía del mundo, incluso las subdivisiones: primeramente el imperio oriental y luego el occidental, representados por las piernas y pies de la imagen; luego los diez reinos sucesores del imperio, representados por los dedos de la imagen. Los imperios universales llegaron a ser "como el tamo de las eras de verano; y se los llevó el viento" (2:35). El viento de la historia los llevó y "la piedra que hirió la imagen vino a ser una gran montaña, que llenó toda la tierra" (Dan. 2:35). Daniel interpretó esto así: "Pero en los días de aquellos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que nunca jamás será destruído, y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y acabará con todos aquellos reinos, en tanto que él mismo permanecerá para todos los siglos" (Dan. 2: 44).

Este reino es la Iglesia cristiana, que Dios mismo estableció, habiendo ejecutado en su propio Hijo que tomó el lugar del mundo, su juicio divino contra el pecado del mundo. La Iglesia cristiana reemplazará las monarquías universales, hechas por los hombres — entretanto que existe la Iglesia cristiana no volverá a existir nunca más una monarquía verdaderamente universal, aunque habrá imperios de distintos tamaños en el mundo. Esta Iglesia cristiana es el "Reino de los cielos", porque, distinto de Israel, no existe junto con los reinos del mundo, tampoco está organizada como los reinos terrenales, pues su estructura y sus funciones son completamente diferentes de la estructura y funciones de los reinos del mundo. Establecida por el Espíritu Santo con medios espirituales, tiene como habitantes a representantes de todas las naciones de la tierra. Iluminado por el Espíritu Santo, ese "reino de los cielos", o sea, la Iglesia cristiana, es también la luz del mundo,

la sal de la tierra, para penetrar las tinieblas espirituales y detener la corrupción moral del mundo. Después de haber destruido la última monarquía universal, Dios separa a las naciones del mundo de la tarea de establecer una monarquía universal por medios políticos y militares, tarea escogida por las naciones mismas. Ahora, todos los hombres y todas las naciones han de rendir la obediencia de la fe; son llamados para llegar a ser parte de la Iglesia cristiana, y llevar el dominio de este reino hasta los últimos confines de la tierra. El cumplimiento del tiempo ciertamente ha llegado. Se advierte ahora a todos los hombres que "den digno fruto de arrepentimiento" (Mat. 3:8) "Porque ha llegado el tiempo que comience el juicio desde la Casa de Dios: y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al evangelio de Dios?" (Ped. 4:17).

También está descrita en parte la historia de este reino indestructible del Rey de reyes y del Señor de los señores. El Apocalipsis de San Juan nos da, en forma profética, una descripción histórica del destino de la Iglesia, desde el tiempo de los apóstoles hasta el regreso del Señor para juzgar al mundo. Hagamos aquí un breve resumen de esta profecía a la luz de nuestros conocimientos de la historia universal.

Poco después de establecerse la Iglesia cristiana, vendría una apostasía general de la fe. En verdad, la extensión de esta apostasía sería tan grande que los mismos centros del cristianismo en Asia y África estarían ocupados por los adherentes del falso profeta que oprimiría a la Iglesia y buscaría quitarle a la Iglesia su poder y detener su avance. Entretanto, la Iglesia occidental, sometida repetidas veces al caos social, económico y político que resultó de las invasiones sucesivas de las tribus bárbaras, logró subsistir débilmente por unos siglos agobiados, para derrumbarse luego víctima de los designios del Anticristo y ser dominada por él. Durante este tiempo de la historia, la Iglesia verdadera existía, por decirlo así, en el desierto, comparable a la figura de la mujer en la profecía de San Juan.

Otra vez Dios mostró al mundo un período de gracia cuando rompió el yugo del Anticristo, empezando con el tiempo de la Reforma protestante, por medio de la predicación del Evangelio. "Su melodía ha salido por toda la tierra, y sus palabras

hasta los extremos del mundo" (Rom. 10:18). Ciertamente hemos sido testigos de la entrada de la marea de la predicación del Evangelio durante el siglo pasado hasta los tiempos actuales. Como dijo el historiador eclesiástico Latourette,¹ el siglo 19 era en verdad el "gran siglo" de la obra misional. Aquí se pueden aplicar las palabras del salmista: "No hay lengua ni nación donde no llega mi voz" (Salmo 19:3).² Hasta los cuatro rincones de la tierra, se extiende un reino que es diferente en su estructura de todos "los poderes que hay" en la tierra. Este reino es la Iglesia cristiana. Tiene una historia extensa en este mundo, y no es posible describirla de otra manera sino que la Iglesia tiene la estructura de una sociedad espiritual.

Es esa también la descripción de la Iglesia, según el Apocalipsis de San Juan, durante los últimos días de este mundo. Apo. 20:8,6: nos presenta el último esfuerzo que los enemigos de Cristo hacen para aniquilar a la Iglesia, representada como "el campamento de los santos" y "la ciudad amada". Sería, por supuesto, un mal entendimiento grosero en cuanto a estas figuras del hablar, si uno pensara que durante este tiempo justamente antes de la venida de Cristo, estarían congregados los cristianos de este mundo y establecidos en un campamento fortificado romano o en una ciudad fortificada tal cual era la Jerusalén de antaño. A todas luces el texto mismo no admite semejante interpretación, pues leemos que los enemigos de la Iglesia "subieron sobre la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos en derredor, y la ciudad amada" (Apo. 20:9). Si la estructura de la Iglesia cristiana fuera la de una sociedad visible y externa, ocupando un lugar dentro de fronteras fijas donde se ejercen visiblemente los poderes de gobierno, entonces nos resultaría imposible explicar la afirmación que los enemigos de la Iglesia "subieron sobre la anchura de la tierra". No es posible entender así, de una manera literal y cruda, la figura que emplea San Juan, figura derivada de la ciencia militar de aquel entonces. Hasta la con-

1. Ver.: "The Christian Understanding of History" C.T.M. XX, p. 452.

2. Es defectuosa la traducción de De Valera y de la Versión Moderna. Straubinger, 18 (19): 4: Si bien no es la palabra, tampoco es un lenguaje cuya voz no pueda percibirse. "Los Salmos del Rey David", por Tomás González Carvajal: ... "y sus voces sonoras oyen a todas horas los últimos confines de la tierra".

sumación de los siglos, los fieles estarán esparcidos sobre la faz de la tierra. Ellos constituyen la Iglesia cristiana. Esta Iglesia es una sociedad espiritual y tiene una estructura comparable a la de "la ciudad amada", o a un campamento militar (parémbole; del griego parembolé; una clase de paréntesis). Aunque invisible, la Iglesia no carece de forma, tampoco es caótica, mas es una sociedad perfectamente integrada de seres humanos llenos del Espíritu.

Por lo tanto, a base de las Escrituras, creemos y enseñamos que la estructura de la Iglesia cristiana es el conjunto invisible, o sea, todos los creyentes en Jesucristo. Efe. 2: 19; 21: "Así pues no sois ya más extranjeros y transeuntes, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios; edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra principal del ángulo; en la cual todo el edificio, bien trabado consigo mismo, va creciendo para ser un templo santo en el Señor." Todo aquel que se funda en el mismo fundamento espiritual, es parte de la misma estructura, es decir: la Iglesia. El Prof. Stoeckhardt dijo con respecto a este texto: "La enseñanza de los Apóstoles y Profetas forma una unidad y es aquella una y única Palabra de Dios. Es justamente por eso que tanto los Apóstoles como los Profetas hablaron la Palabra de Dios, movidos por el Espíritu Santo; es por eso que la Palabra de los Apóstoles y los Profetas es el fundamento incommovible de la Iglesia de Cristo. Sobre este fundamento se construyeron los conversos de entre los gentiles cuando llegaron a ser cristianos, cuando oyeron y creyeron el Evangelio. De esta manera fueron incorporados a la estructura de la Iglesia y justamente esta Palabra que los cristianos oyen, leen y aprenden, da solidez y estabilidad a la comunión de los santos..." "Este edificio es bien trabado consigo mismo. Mientras se dice esto con referencia a todo el edificio, es una referencia peculiar a cada una de las partes integrantes. Las piedras de que se compone el edificio, cuadran una con la otra, se apoyan mutuamente, y se acomodan la una a la otra. Así el edificio, bien trabado consigo mismo, por todos lados demuestra simetría y armonía. Aparte del símil, los miembros de la Iglesia viven en armonía, unidos en una acomodación hermosa el uno con

el otro. No importa cuán grande era la diferencia de origen, fueran ellos judíos, gentiles, griegos, bárbaros, eruditos o ignorantes, todos ahora están en paz el uno con el otro, todos tienen el mismo parecer y todo esto en Cristo." (Comentario sobre Efesios, p. 153-155).

Ya que el resultado de una construcción mecánica es un edificio inorgánico, el símil que usó el Apóstol en verdad es inadecuado, tomándolo aisladamente, para expresar la verdadera estructura de la Iglesia cristiana. Es en verdad una construcción en el sentido de que Dios el Espíritu Santo llama y congrega la Iglesia cristiana por medio del Evangelio, pero en cuanto a la relación entre los creyentes y aquel en quien ellos creen, la estructura de la Iglesia es orgánica. La Iglesia cristiana está tan íntimamente unida con Cristo como lo es la cabeza con el cuerpo. Dondequiera que se halla la Iglesia cristiana, allí está Cristo con sus dones, su poder, su gracia. Desde otro punto de vista podemos afirmar que tal cual Cristo ahora reina victoriosamente sobre todo lo que hay en el cielo y en la tierra, así la Iglesia jamás será vencida o quitada de la faz de la tierra. Este aspecto de la estructura de la Iglesia tiene implicaciones importantes en cuanto a la función de la Iglesia en el mundo. Quiere decir que allí donde actúa la Iglesia, allí actúa Cristo. La estructura de la Iglesia, por lo tanto, es la de un vehículo sensitivo y respondedor, que proyecta exactamente las intenciones bondadosas de Cristo, tal cual el cuerpo no tiene otra voluntad que la de su cabeza.

Estrechamente combinado con esto va Efe. 4:4-6: "Hay un mismo cuerpo, y un mismo Espíritu, así como fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un mismo Señor, una misma fe, un mismo bautismo, un mismo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todas las cosas, y por medio de todas las cosas, y en todos vosotros." Aquí se hallan tres pensamientos, subdivididos en tres partes. El vehículo de la unión más íntima y poderosa es un Espíritu. Su relación con la Iglesia es paralela a la que hay entre el alma y el cuerpo en el hombre. Todos los cristianos son movidos y gobernados por el mismo Espíritu, el Espíritu Santo, y en Él, todos los cristianos luchan para alcanzar la misma meta. Son llamados en o para una misma esperanza de su vocación. La

manera de su vocación consiste en presentar a la vista de ellos la misma gran esperanza de la dicha eterna.

Además, están todos unidos en una comunión por "un Señor, una fe, un bautismo". El Señor de todos los cristianos es aquel que los ha redimido con su propia sangre; a quien ahora pertenecen, a quien ahora sirven, de quien ahora están revestidos en el bautismo, el único Jesucristo. El apóstol prosigue hasta alcanzar el clímax con su expresión: "un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, por medio de todos y en todos."¹ Según la mayoría de los comentarios, el cuádruple "todos" se refiere al conjunto de los cristianos. Por medio de Cristo tenemos a Dios como nuestro Padre, que gobierna y controla los asuntos de todos los cristianos; él obra por medio de todos y vive en todos.

Lutero dice en relación con este texto, Efe. 4:4-6 (Kirchenpostille): San Pablo declara aquí lo que es y explica la naturaleza de la verdadera Iglesia cristiana y cómo ha de ser reconocida, a saber, que esta Iglesia es una sola Iglesia, o sea, pueblo de Dios sobre la tierra, que tiene una y la misma fe, bautismo y confesión de Dios el Padre y del Señor Jesucristo, etc., y que vive en mutua paz y armonía. Todo aquel que quiere ser salvado y venir a Dios tiene que pertenecer a esta Iglesia cristiana y ser miembro de ella, pues sólo sus miembros se salvan y ningún otro; por eso, esta unidad de la Iglesia no consiste en el gobierno, ley, orden y costumbre eclesiástica externos y unificados, como pretende el papa en unión con sus adherentes, pues él quiere excluir de la Iglesia a todos los que no le quieren obedecer; más la unidad consiste en una verdadera fe, bautismo, etc. Por eso se llama la Iglesia una, santa, católica o cristiana."²

1. Según la exposición que sigue en el texto arriba, sería defectuosa la traducción del texto en De Valera y la Versión Moderna, pues estas dicen: "sobre todas las cosas y por medio de todas las cosas".
2. "Und hiermit zeigt und lehrt St. Paulus, was da ist die rechte christliche Kirche, und wobei man sie kennen soll? (Sic). Nämlich, dass nicht mehr ist, denn eine einige Kirche oder Gottes Volk auf Erden, die da hat einerlei Glauben, Taufe, einerlei Bekenntnis Gottes des Vaters und Christi usw., und bei solchem einträchtiglich mit einander hält und bleibt. In dieser musz ein jeder sich finden lassen und derselben eingeleibet sein, wer da will selig werden und zu Gott kommen, und wird auszer ihr niemand selig. Darum heiszt

Este texto de Efe. 4:4-6, nos describe la misma naturaleza y la estructura de la Iglesia cristiana: Un cuerpo, un Espíritu, un Señor, una fe, un Dios y Padre. Por lo tanto, está completamente de acuerdo con las Escrituras decir que la Iglesia es la comunión de los santos, o sea de los creyentes, unidos en el Espíritu y en la fe. Todos los que tienen la verdadera fe cristiana, todos los que han sido vivificados espiritualmente por el Espíritu Santo y que ahora, en espíritu y en verdad, invocan a Jesús, su Señor, y se acercan a Dios por medio de Cristo, adorando al Padre de Jesucristo como a su Dios y Padre en el Espíritu Santo. — — todos estos son miembros de la verdadera y única Iglesia cristiana y universal.

Pero están fuera de la Iglesia todos los que no tienen esta verdadera fe cristiana, a pesar de su conducta externa y su afiliación a una organización o congregación cristiana. Por eso, no son solamente los enemigos y los que manifiesta y expresamente desprecian a Cristo y a Dios, tampoco son sólo los burladores y blasfemos groseros, quienes por medio de sus palabras impías y pecaminosas y por medio de sus hechos profanan a su Creador — — no son solamente esos los que están fuera de la Iglesia (*extra ecclesiam*), sino que hay otros también: los hipócritas quedan excluidos, aunque aparezcan como grandes ejemplos de la piedad y santidad, aunque participen en las actividades externas de la Iglesia, asistan al culto y se hagan partícipes de las costumbres, ceremonias y obras de educación, de misión y de caridad. Todos estos no son miembros del cuerpo espiritual de Cristo; no son parte de la estructura de la Iglesia. Tampoco son parte de la Iglesia los que se llaman cristianos, pero que insisten en que el cristianismo no es nada más que un sistema bueno de ética; tampoco los que rechazan a Cristo como su Re-

und ist diese Einigkeit der Kirche nicht einerlei äußerlich Regiment, Gesetz oder Satzung und Kirchenbräuche haben und halten; wie der Papst mit seinem Haufen vorgibt, und alle will aus der Kirche geschlossen haben, die da nicht hierin ihm wollen gehorsam sein: sondern wo diese Einträchtigkeit des einigen Glaubens, Taufe usw., ist. Daher heisst es eine einige, heilige, *catholica* oder christliche Kirche". San Luis, XII, 898.899.

dentor y Señor y verdadero Dios.¹ Por el contrario, esos son la cizaña en el campo del Señor, prestándose para llevar a cabo la misma función dentro del reinado de Dios que la "quinta columna", llevó a cabo a favor del enemigo dentro del país atacado.

Todos los creyentes pertenecen a la Iglesia cristiana, no importa el tiempo, el lugar, la raza, el sexo, el rango, la inteligencia, o avance cultural de cada uno. Estos cristianos creyentes son la asamblea o congregación, el Residuo, el pueblo escogido, la nación santa, el nuevo Israel de Dios. Verdadera y realmente son un cuerpo; cada uno está unido con el otro y no importa el tiempo o lugar o condición en que se halla el individuo; están unidos por medio de esta fe común en Cristo, engendrada y nutrida por el Espíritu Santo que mora en todos ellos. Si podemos expresarnos así, esta fe es el principio social mayor y posee el poder para crear una comunión. El Espíritu Santo erige la estructura de la Iglesia cristiana por medio de la fe cristiana en los corazones de los hombres.

Esta fe cristiana no puede ser borrada o quitada del mundo entre tanto que éste quede en pie. Sea fuerte o débil esta fe, siempre habrá una comunión de santos en la tierra. Esta comunión no es creada por medio de los esfuerzos de los hombres, tampoco existe necesariamente en algún momento o lugar específicos, a pesar de que los hombres afirmen que la hayan establecido gracias a las consultaciones, negociaciones y acuerdos firmados entre ellos. La comunión de los santos es obra de Dios solo.²

La estructura de la Iglesia se construye sobre un solo

1. Comentando sobre el artículo "With Schweitzers in Africa", escrito por la Sra. Elena de Schweitzer y publicado en "Christian Century" (Abril 21, 1948), J.T.M. dice (C.T.M., XIX, p. 464): "It is understood, of course, that the Gospel which is to be preached to the heathen is the saving Gospel, as set forth in the Holy Scriptures, not the substitute "gospel" of Unitarians and Modernists, with whom, unfortunately, Dr. Schweitzer is identified".
2. Cf. "Mit der Aufnahme in den Weltkirchenbund und die Arbeitsgemeinschaft evangelischer Kirchen am Rio de la Plata haben wir den ersten Schritt getan auf dem Wege, mit den anderen christlichen Kirchen wieder die eine heilige, allgemeine Kirche zu werden". — Schwittay, op. cit., p. 2.

fundamento: Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mat. 16:18. Esta estructura se mantiene como estructura, es decir, conserva su unidad por medio de la obra de Dios el Espíritu Santo, quien crea la fe continuamente aquí en la tierra, llamando sin fin a un alma tras otra, iluminándolas con sus dones, preservando y santificándolas en la única verdadera fe, y las constituye en "piedras vivas, edificadas en un templo espiritual" (1 Ped. 2:5).

La Iglesia no es una estructura imaginada, no es una "idea platónica" que existe solamente en las mentes de los luteranos, suposición que el teólogo católico-romano Bellarmine trata de inculcar. Tampoco aceptamos "la concepción ideal de la Iglesia", propuesta por la escuela protestante liberal, por ejemplo, los seguidores de Ritschl, según la cual el Reino de Dios es el "mundo del espíritu" (Geistwelt), el mundo del espíritu y del intelecto. En oposición a esa idea testificamos que la estructura de la Iglesia es la de una sociedad real y no es una fabricación de la imaginación humana, y en contra de la Iglesia romana y los teólogos protestantes liberales, testificamos que la estructura y función de la Iglesia cristiana no son las de una institución cualquiera.

Afirmamos de nuevo que la estructura y función de la Iglesia cristiana son las de una sociedad espiritual, de una comunión de personas, de una comunidad de creyentes llenos del Espíritu, que vive en el mundo pero que no es del mundo. Esta es la doctrina sencilla, sobria y sin adorno tomada de las Escrituras. Concuerta también con el punto de vista bíblico sobre la historia y con la información que tenemos de la historia universal.

(Continuará)
